Odiado monstruo

Posted on 1 de mayo de 2001 by Esther Ramón

El gallitigre, el más poético de los personajes concebidos por Javier Tomeo (Quicena, Huesca, 1932), es un híbrido –un monstruo, como el resto de sus protagonistas– que simboliza la armonía de los contrarios. También lo hace –en *La patria de las hormigas*–, a su manera burda y desmañada, Juan H., oficinista recién llegado a un pueblo costero con la intención de disfrutar de una semana de desenfreno sexual. En él, en su hiperbólica puesta en escena, confluyen lucidez y locura, sensibilidad y crueldad gratuita, agresividad e indefensión, vulgaridad y poesía.

Con una visión distorsionada, aunque a veces extraordinariamente certera de la realidad, Juan H. se mueve con soltura en un espacio asfixiante, un universo cerrado y absurdo. Sus armas son las mismas que le ayudan a combatir el horror de lo cotidiano: los colores. Los siete colores del arco iris, que irá utilizando a lo largo de la novela como cartuchos mojados. Siete camisas dispuestas airosamente en un armario en el que se «podría esconder el esqueleto de un hombre». Sus enemigos: un camarero simiesco que le va robando, una a una, todas sus «conquistas» y otro menos frontal, fragmentado e invisible: las hormigas, que son la obsesión de Blas, el dueño de la pensión donde se aloja, derrotado y enloquecido por la muerte de su mujer, pero que también venían tras los pasos de Juan («las compartimos desde mucho antes de conocernos»). Tenemos entonces en un inquietante crisol los colores cambiantes de la vida y el color más intuido que visible de las hormigas. Según el *Diccionario de símbolos* de Juan Eduardo Cirlot, las hormigas «aparecen como símbolos de la pequeñez de lo viviente, de su deleznabilidad y de su impotencia, pero también son aspecto de la vida que vence a la humana».

Diabético, obligado a controlar su cuerpo con el mismo orden metódico que emplea en archivar facturas, Juan H. va progresivamente desordenando sus hábitos alimenticios, a la vez que se desatan los frenos de su mente. El fracaso de sus ansiadas conquistas le conduce indefectiblemente a la violencia. En el inicio de la novela actúan sobre él impulsos que racionalmente logra controlar. Esas trabas van desapareciendo y sin ellas los comportamientos se extreman, pero su locura no encuentra el contexto de equilibrio en la realidad de un entorno presa también del contagio, tan carente de coherencia, tan lleno de zonas oscuras como él mismo. Así, el complejo e interesante personaje de la alemana parece haber caído en las facilonas redes del camarero-mono, un burdo conquistador de playa, y Carmen, la sobrina de Blas, se entretiene en cavar en el jardín un agujero con aspecto de fosa. Ese contagio se extiende también al narrador, omnisciente aunque excesivamente

pegado al punto de vista del protagonista («en la terraza hay algunas mujeres sueltas»).

Pero en medio de tan desolador panorama, surge a veces la magia. La presencia de Ramón (ese «amigo» o trasunto poético de Tomeo) se hace patente a través de Alberto, un personaje ausente («Alberto le contó que su madre tenía un ficus que se pasaba las noches llorando porque quería ser de plástico»; «Alberto le juró y le perjuró que en noches como ésta los pulpos se encaraman a las rocas que están cerca de la playa para escuchar cómo los gitanos tocan la guitarra en los chiringuitos de la playa»), consiguiendo por un instante fascinar, aunque el lado brutal de la locura se encargue a renglón seguido de neutralizar dicho efecto. Esos destellos, la fragilidad que esos instantes representan son los únicos espacios abiertos de la novela. Al margen de su benéfica existencia, los diversos personajes van trabando una atmósfera enrarecida: el destruido albañil con el que Juan H. intenta comunicarse una y otra vez, sin conseguirlo, el defensivo hombre boxeador y su menuda mujer, el camarero-simio y el camarero-pájaro, la alemana, expresando su deseo de construir grandes mausoleos, el hombre de camisa rosa, sometido a su dominante mujer…, todos ellos paseando incansables «como si estuviesen buscando algo que no encuentran».

Tomeo vuelve, en esta última novela, a desplegar sus armas habituales: economía en el lenguaje, personajes exagerados hasta el esperpento y en constante enfrentamiento, espacio nítidamente dibujado, gran profusión de diálogos que dejan al descubierto una desoladora incomunicación (que le resta mantas a la soledad) y un final abierto que aporta las alas de la ambigüedad. Las mismas armas que le han convertido en el autor contemporáneo más veces representado en escenarios europeos a pesar de no haber escrito ni una sola obra de teatro.

Sin alcanzar la intensidad magistral de *El castillo de la carta cifrada* o *Amado monstruo, La patria de las hormigas* afina el hábil movimiento iniciado a través de novelas como *El crimen del cine Oriente:* el de acercar progresivamente sus monstruos al lector. Lo más inquietante de Juan H. es que, a pesar de su exagerada patología, tiene cabida en nuestro propio mundo, podría abordarnos por la calle en medio de su descontrol, agredirnos, sentarse a nuestra mesa para hablarnos de la música del universo o perseguirnos. Ya no se trata de reconocer, de decodificar una abstracción, ni tampoco de asumir identidad o disparidad sino de trasladar la propia patología del personaje –y el sentirse amenazado es uno de sus síntomas más sobresalientes-al otro lado del espejo.

Junto a su jaula nos sentimos asqueados por su comportamiento, irritados por su crueldad, soliviantados por su misoginia aunque conscientes de su soledad, asombrados con la magia que surge como una chispa inesperada, por la poesía que, en ocasiones, logra encender para apagarse enseguida bajo el estruendo de un puñetazo sobre la mesa, amenazados por su amoralidad. Estamos dentro e irritados ya que, como apuntaba Tomeo en *Nuevo bestiario,*

«incluso las pequeñas hormigas tenemos nuestra cólera».

La figura de Juan H., la silueta del monstruo, se perfila sobre una realidad igualmente monstruosa que, aun hipertrofiada, no se aleja tanto de la nuestra. Sus compulsivos interrogantes («¿Qué significa todo esto? ¿Es eso realmente lo que estoy deseando? ¿Y si esa inteligencia me hubiese situado en esta mesa, en una espera inútil, sólo porque considera que la copa de mi amargura no está todavía colmada?») nos incumben, al igual que la mancha que cuelga como una maldición en el techo, sobre su cabeza, y que inesperadamente desaparece. Y nos atañen especialmente hormigas y colores que, pese a tener una simbología aparentemente opuesta, parecen compartir una misma naturaleza. Son duales (ambos tienen «un significado divino y otro infernal»). Múltiples. Y nos sobrevivirán.

Autor: JAVIER TOMEO

Titulo: La patria de las hormigas